

# Francisca y la Muerte

Arturo Rodriguez

Image not found.

## Capítulo 1

Sí, lo sé, ya hay un cuento llamado así; ese cuento de la Muerte que va buscando como loca a una anciana, sólo para darse cuenta que no siempre gana. Pero créanme, este cuento también debe llamarse así. Es preciso.

Resulta que hubo hace tiempo, una muchacha muy hermosa llamada Francisca (ah porque, estas cosas no suceden recientemente, por alguna extraña razón). Era lo que podría decirse un bombón: tenía buena línea, un largo cabello negro, y ojos azules, tenía un carisma inigualable, pero sobre todo era inteligente.

Ella tenía un don: podía ver a la Muerte. La veía a menudo rondando a sus víctimas, con la guadaña en la mano izquierda, y en la derecha el reloj de arena negra correspondiente a la desdichada presa. Cuando tocaba el momento de trabajar, simplemente tiraba al suelo el reloj, y en cuanto éste caía y se rompía, la persona fallecía. Era un trabajo fácil y sencillo, pero aburrido; podría decirse que mortalmente aburrido.

En cuanto se enteró de la habilidad de Francisca, la Muerte la buscó para platicarle sus cosas, pues algo de compañía no le venía nada mal a la Huesuda. Como la veía todos los días, Francisca no se sorprendió mucho cuando ésta le dirigió la palabra. De hecho como que lo esperaba. La Muerte, como sería lógico pensar, es una entidad solitaria, por lo que tener una amiga le entusiasmaba. Sin embargo, lo que nadie previó fue que la Muerte era masculina, más aún, que se había enamorado de Francisca.

Un lúgubre día, mientras paseaban por el cementerio, la Muerte le declaró sus sentimientos a la Pancha. Ésta, de la manera más retórica que pudo le dio un rotundo no, ya que para empezar, era la Calaca, y en segunda, tenía un novio que la amaba mucho y al que amaba. La Muerte se enojó por eso, y en un accidente de auto, se llevó al infortunado pretendiente.

Pasado un año de aquello, le volvió a decir que le gustaba, pero Francisca, lejos de mandarla a volar, se mostró abierta al diálogo:

—Bueno, ¿Y en qué consiste el trato? —preguntó la chamaca.

—Tú aceptas, y yo soy tu esclavo eterno.

—¿Mi esclavo?

—Te obedeceré en lo que quieras, porque te amo.

—¿Y el precio?

—Será tu vida.

Francisca se mostró dudosa, pero luego continuó:

—De acuerdo, pero una condición.

—¿Cuál?

—Me obedecerás en todo, y si alguna vez me dices que no, me liberarás.

—Me parece bien.

Firmaron el pacto, y Francisca murió mientras dormía.

Vivieron un tiempo juntos sin que ella le pidiera alguna cosa seria, hasta que un día, Francisca le dijo a la muerte que sentía lástima por su novio, y le pidió que lo reviviera para que tuviese un nuevo amor, y que le concediera la vida eterna para que pudiera disfrutar la vida que le fue arrebatada en despecho. La Muerte vio bien esto, y le concedió su deseo. Después, le pidió otro deseo: para mantenerse joven y bella para siempre, le pidió la inmortalidad también. La Muerte se lo concedió, aún pensando que era un tanto ilógico, ya que estaba muerta.

Un día, la inusual pareja tomaba el café, y en la charla, Francisca le dijo a la Muerte que sus vidas eran aburridas y que deseaba ser libre. La Muerte, encolerizada, le dijo que jamás lo haría. No bien terminó de decirlo, y Francisca desapareció mientras esbozaba una sonrisa.

Al regresar a la tierra, la muchacha fue a buscar a su novio, lo encontró, se casaron, y vivieron muy felices para siempre (literalmente). La Muerte, por su parte, se sintió desconcertada pues, entre otras cosas, descubrió que no podía ganarle al amor... ni a las Franciscas.